

En el centenario de su nacimiento

«LA OBRA POETICA DE JUAN RAMON JIMENEZ»

■ Conferencias de Antonio Sánchez Barbudo

«Toda una serie de circunstancias han contribuido al injusto olvido de la obra de Juan Ramón Jiménez. Puede decirse que él fue enfermizo, supersensitivo, minoritario y narcisista y, a veces, excesivamente barroco o complicado; pero no que su obra resulte falta de profundidad o que él fuera inhumano, por no ser poeta político o social. Juan Ramón fue ejemplo, sobre todo, de una dedicación total y apasionada a la creación poética, de escritor cuidadoso, en busca siempre de la perfección, y esto es muy digno de ser tenido en cuenta sobre todo en un país donde lo más corriente ha sido siempre la improvisación. Juan Ramón en esto, como en otras muchas cosas, fue en España realmente excepcional». Así ve al célebre poeta andaluz el profesor Antonio Sánchez Barbudo, uno de los máximos conocedores de la obra de Juan Ramón Jiménez, quien impartió en la Fundación, del 13 al 22 del pasado mes de enero, un curso de cuatro lecciones sobre «La obra poética de Juan Ramón Jiménez», con motivo de cumplirse este año el centenario de su nacimiento.

A lo largo de este curso el profesor Sánchez Barbudo analizó las cuatro épocas que él distingue en la poesía de Juan Ramón: las dos primeras, 1898-1915 y 1916-1936; una tercera, la de América (1937-1948); y los años finales, de 1949 a 1958. Ofrecemos a continuación un resumen del mismo.

LA EPOCA MODERNISTA

Juan Ramón nació en Moguer, el 23 de diciembre de 1881. Fue un niño solitario. Tenía una enfermiza predisposición a la melancolía, una neurastenia que se manifestó pronto con una exagerada fijación en la idea de la muerte. Esa enfermedad, que



ANTONIO SANCHEZ BARBUDO nació en Madrid en 1910. Antes de la guerra civil colaboró en «El Sol», de Madrid, fundó «La Hoja Literaria» y trabajó en las Misiones Pedagógicas. Emigró a Estados Unidos en 1939, donde ha sido hasta hace muy poco Profesor de Literatura Española de la Universidad de Wisconsin. Premio Nacional de Literatura (1938), compartido con José Herrera Petere, ha publicado diversas obras de creación y estudios de crítica literaria, entre los que figuran «Estudios sobre Unamuno y Antonio Machado», «El pensamiento de Antonio Machado» y «La segunda época de Juan Ramón Jiménez (1916-1953)».

ensombreció muchas veces su vida, fue también la motivación esencial de mucho de su mejor obra. Pero la muerte no era en su adolescencia su única preocupación. Antes de los 18 años escribió de muchos temas, con diferentes estilos. Publicaba ya en periódicos y revistas y soñaba con la gloria literaria.

A partir de 1901 viene un gran cambio en su poesía. Lo que domina en *Rimas* (1902), escrito ya en Madrid, es la melancolía dulce y musical, el colorido; la tristeza y, a veces, un

presentimiento de la muerte que se mezcla a su visión del paisaje y a ensueños de amor. El estilo y tono que inicia con *Rimas de sombra* llega a la plenitud con *Arias tristes*, *Jardines lejanos* y *Pastorales*, es decir, de 1902 a 1905. En este año de 1905 Juan Ramón vuelve a instalarse en su pueblo y allí está siete años, aislado, escribiendo mucho y comunicándose por carta con sus amigos y admiradores. De 1908 a 1911, época en la que escribe *Elegías*, *La soledad sonora*, *Poemas mágicos y dolientes*, *Laberinto* y *Melancolía*, se repite y amana, y su poesía resulta cada vez más decadente y enfermiza. En general, puede decirse que ese período es el peor de Juan Ramón. El mismo lo creía luego así, y por eso muchas veces dijo que se debía olvidar toda la producción suya anterior a *Platero y yo* y a *Estío*, la de su «primera juventud enfermiza y triste».

No toda la obra de su juventud es despreciable, ni mucho menos; pero sí es verdad que lo más característico de muchos poemas de esta época de Moguer es mezclar nebulosos paisajes que nunca acaban de verse con vagos sentimientos melancólicos cuya causa no acaba nunca de explicarse. A estos poemas parece a veces faltarle elevación, la razón honda de escribirlos. A veces, con esa exhibición, tan modernista, de lujos, rasos y malvas de *dandy* moguerense, bordea de cerca lo cursi y lo ridículo.

A fines de diciembre de 1912 Juan Ramón volvió a Madrid, donde siguió residiendo, casi sin interrupción, hasta 1936. En la capital, en 1914-1915, queriendo alejarse ya del modernismo decadente, escribió los *Sonetos espirituales* y, muy poco después, casi al mismo tiempo, *Estío*, libro sincero, pero de poca fuerza.

Un cambio grande se observa en su prosa poética al llegar a *Platero y yo*, cuya primera edición apareció en 1914. *Platero* es como un ejercicio en ese camino de purificación que él había emprendido. Y al arrepentirse de sus «maldades» e «impertinencias» en los años de Moguer, se arrepentía también, probablemente, de muchos de sus escritos de la misma época. En *Platero* hay no sólo novedad de temas y de estilo, sino también, y muy fundamentalmente, un cambio de actitud suya ante la vida y ante los otros. Después de las prosas poéticas escritas en Moguer antes que *Platero*, hoy reunidas en el volumen *Libros de prosa*, con el título de *Baladas para después* y *Palabras románticas*, modernistas y sentimentales, después de estas obras, abrir *Platero* es una agradable sor-

presa: en él pinta el *fuera*, la realidad de Moguer, escenas de la vida que él presenció. Puede hablarse de un cierto realismo en *Platero*, aunque muy relativo: son cuadros coloreados, retocados y *evocados*. Hay casi siempre idealización, estilización, arreglo estético al componer el cuadro. De ahí que *Platero* sea todavía una última —aunque muy original y depurada— muestra de la prosa modernista.

1916-1936: DESEO DE ETERNIDAD Y BELLEZA

El *Diario de un poeta recién casado*, provocado, claro es, por el casamiento de Juan Ramón con Zenobia, libro en verso libre y prosa, da entrada a toda una nueva época de su poesía. Es un ejercicio de autenticidad, de sinceridad y de precisión, un ejemplo de poesía desnuda. Los poemas del mar del *Diario* tienen como tema básico el asombro, el miedo; la angustia que la contemplación del mar casi siempre le produce; y también su deseo de escapar de ese temor, de sentirse salvado.

El libro que sigue al *Diario* es *Eternidades*, escrito en 1916-1917 y publicado en 1918. La mayoría de los poemas de esta obra indican, en cuanto al estado de ánimo del poeta, más que temor o inquietud, orgullo y contento de sí mismo. Ese primer año de casado Juan Ramón parece muy satisfecho, casi feliz. Entre 1925 y 1935 editó una serie de cuadernos y hojas, bellamente impresos, que son hoy muy difíciles de hallar, pero que se reimprimieron en 1960 en un libro titulado *Cuadernos*. Casi todos los poemas de este período, 1925-35, pasaron luego a su libro de poesías, publicado mucho más tarde: *La estación total*. El tema de muchos poemas de este libro, que va a ser el tema central de esta segunda época de Juan Ramón, será ese ardiente deseo de eternidad y de identificación con lo bello.

La estación total con las canciones de la nueva luz, publicado en 1946, contiene poemas del período anterior a 1936. Es un espléndido libro de poesía que, debido a la época y circunstancias en que apareció, entre otras razones, no fue acogido con el interés que merecía. En España apenas se tuvo noticia de él hasta que fue incluido en parte, en 1957, en la *Tercera Antología*.

En los últimos años de su estancia en Madrid, a principios de los años veinte, después de publicada la *Segunda Antología*, Juan Ramón, que

se hallaba en la cumbre de su prestigio, visitado por todos los nuevos poetas del 27, ve de pronto enfriarse las relaciones con ellos. Juan Ramón, sensitivo en extremo, se ofendía fácilmente. Con sus escritos —a veces lanzaba ataques, sátiras y despectos— resultaba arrogante, agresivo y narcisista. Pero esos ataques, que aparecían a veces en periódicos y revistas, o en sus *cuadernos*, no hacían, generalmente, sino responder a otros que le habían hecho a él, o él, al menos, así lo creía.

Pero la causa principal del aislamiento de Juan Ramón, sobre todo, en los tres o cuatro años que precedieron a su salida de España, fue, creo yo, un súbito cambio de modas, de gustos literarios, que llegaba mezclado con un cambio de actitudes políticas, un nuevo clima revolucionario y una correspondiente alteración en los modos de convivencia social. Hacia 1933, con la vuelta de Alberti a España, vino la ola de la poesía social y política; y poco después, con el gran impacto de *Residencia en la tierra* de Neruda, la ola de la «poesía impura», que pronto se empezó a mezclar con la política. Juan Ramón, cada vez más aislado, reaccionó encerrándose más y más en su piso, a solas con Zenobia y la Poesía.

Luego vino la guerra civil, el exilio, la guerra mundial. Lo que Juan Ramón publicaba en América apenas se veía en España. Además, los nuevos jóvenes poetas se interesaban entonces, sobre todo, por la poesía social o «testimonial». Y, en el caso de Juan Ramón se unieron las excepcionales circunstancias de la guerra civil y su alejamiento de España, para agravar ese olvido o desprestigio pasajeros; y las peculiaridades de su propio carácter —su excesivo purismo y narcisismo— que a muchos resultaron intolerables y que se reflejan de un modo u otro en su obra. Pero es injusto que al señalar esos defectos —si es que de defectos se trata— no se tengan a la vez en cuenta sus muchos valores y virtudes.

AMÉRICA: EXTASIS Y REFLEXIÓN

Un mes después de estallar la guerra civil, salieron de España Juan Ramón y Zenobia, con pasaporte diplomático que les dio el propio Azaña. Tras pasar por Washington y Nueva York, donde habló Juan Ramón en favor de la República, se trasladan a Puerto Rico y luego a Cuba, donde

permanecieron hasta 1939. En 1951 se instalaron definitivamente en Puerto Rico, donde ambos murieron unos años más tarde.

En América Juan Ramón cambió bastante de costumbres y de carácter. Fue más sociable, menos agresivo, más comprensivo y tolerante con otros. Pero le pesaba mucho el exilio; la falta de su lengua, sobre todo, cuando estaba en Estados Unidos. Por eso resultó muy excitante el viaje que hizo a la Argentina, en el verano de 1948, durante el cual escribió *Animal de fondo*. En ese viaje ocurrió el gran milagro de su vida, esa rara experiencia de la cual nos habla en los 29 poemas de que consta el libro, escritos gran parte de ellos en el barco mismo, cuando vivía con mayor intensidad esa exaltación que le duró varios meses.

Animal de fondo es, desde luego, un libro extraño y de no muy fácil lectura, que a muchos pareció desconcertante y a otros absolutamente incomprensible. Lo que en él nos dice Juan Ramón, lo que nos comunica es una experiencia mística, un especial estado del alma: esa extraña y continua emoción a que constantemente se refiere en todo el libro, que tiene que ver con su viejo deseo de totalidad, de salvación, de eternidad; el viejo deseo, ahora por fin realizado, de superar la muerte; o más bien, de superar su temor a la muerte.

Ese como misticismo de carácter panteísta es una identificación con la belleza natural, que él llama «dios»: la naturaleza misma, la belleza, y ese dios está, pues, en el mundo, no fuera de él. Para Juan Ramón esa experiencia fue una sorpresa. Fue como si aquello que siempre había buscado —seguridad, totalidad, Dios, paz, belleza suma— de pronto lo hubiera conseguido y definitivamente. Al dios de lo bello lo llama Juan Ramón, en *Animal de fondo*, «dios deseante». Y, por otra parte, dentro de sí estaba también, desde siempre, el «dios deseado». Este dios «deseado» es, pues, inmanente: es su alma, su deseo de belleza, infinito y eternidad. Ahora, de pronto, se unían el dentro y el fuera, el dios deseado y el deseante, su alma con el mundo bello, su propio ser con la eternidad y el infinito. A esta unión que él sentía podemos llamarla «éxtasis».

Ahora bien: al hablar del panteísmo de Juan Ramón hay que observar que él no se siente nunca como diluido en Dios: no pierde su conciencia dejando de ser él, sino que

se mantiene alerta, vivo, dándose cuenta de lo que ocurre. Con ese título de «Animal de fondo» Juan Ramón parece sintetizar un doble concepto: él, como hombre que es, es animal, pero animal espiritual, con alma, con «fondo de aire»; y al mirar en torno, en aquellos momentos de iluminación que él vivió, se encuentra ante un mundo bello, divinizado, fantasmal, un mundo con «fondo de aire».

LOS AÑOS FINALES (1949-1958)

Al regresar a los Estados Unidos, en noviembre de 1948, después de tan excitante viaje a Sudamérica, Juan Ramón y Zenobia volvieron a hacer su vida ordinaria. «Dios deseado y deseante», segunda parte de la *Tercera Antología*, consta de siete poemas, en verso y prosa, todos ellos de 1949. En casi todos ellos alude al encuentro con «dios» como algo pasado.

El 16 de noviembre de 1950 fueron a Puerto Rico, donde Zenobia consiguió un puesto de profesora y decidieron quedarse en la isla definitivamente. A fines de 1951 Juan Ramón, repuesto de una enfermedad, comienza a trabajar, hasta finales de 1954, en que cae de nuevo enfermo. A fines de 1952 estaba terminando *Dios deseado y deseante*. Ese dios al que ahora se dirige no es el de ninguna religión determinada, sino sólo esa idea, un sentimiento vagoroso de un Dios intuido por él en su infancia.

La última obra suya de poesía, *Ríos que se van (1951-1953)* tiene nueve poemas que son casi todos ellos un emocionante homenaje, lleno de amor, a Zenobia, ya gravemente enferma de cáncer. En uno, sin duda, de sus últimos escritos, el ensayo titulado «Quemarnos del todo», publicado en Buenos Aires en 1956 (aunque fechado dos años antes, en Puerto Rico), hace como un consejo final, un programa de vida que resume muy bien con ese título. Su apasionado buscar, el constante anhelo de toda su vida, se convierte ahora en camino, en «religión» posible para otros. Juan Ramón no está pensando sólo en sí mismo, sino en un camino de salvación, relativa, que pudiera abrirse para todos; piensa en un modo de vivir, para dar algún sentido a la vida. Y lo que aconseja es esfuerzo, dedicación a un «ideal», convirtiendo así a la vida en un fin en sí misma. Se trata de idealizar nuestra propia vida, siguiendo cada uno su propia vocación.

Zenobia murió el 28 de octubre de 1956. Tres días antes se había anunciado oficialmente que el premio Nobel de ese año se había concedido al poeta español Juan Ramón Jiménez. La muerte de Zenobia acabó de hundirle en una gran desesperación y abatimiento. Murió, a consecuencia de una fuerte afección bronquial, el 29 de mayo de 1958.

Un autor como Juan Ramón Jiménez, de obra tan extensa y variada y, a menudo, de no muy fácil lectura, está probablemente condenado a que la mayoría de sus lectores le lean casi siempre en pequeñas dosis, de forma muy selectiva. La llamada «poesía desnuda» de Juan Ramón es quizás su mayor aportación a la historia de la poesía española. Con ella él abrió, en España e Hispanoamérica, el camino de una poesía sobria, «exacta», cuyo valor reside en la condensación, en su temblor íntimo más que en el ritmo externo o en la brillantez de las imágenes. Buen ejemplo de poesía desnuda se encuentra, sobre todo, en el *Diario de un poeta recién casado* y en las obras siguientes, *Eternidades* y *Piedra y cielo*.

Otra larga serie de poemas —de *La estación total a Animal de fondo*— tienen como tema básico siempre el mismo: la emocionada contemplación de la belleza natural y un ansia de eternidad e infinito que acompaña a ésta. Y, en ocasiones, llega, sobre todo, en *Animal de fondo*, a lo que parece haber sido un embriagador éxtasis. Los mejores poemas de este tipo son, además una prueba definitiva —si es que de prueba se necesitara— de que Juan Ramón no fue, como a veces se ha pensado, un poeta preciosista y banal, sino un muy hondo y original sentidor y pensador.

Se podría formar también una bellísima colección de páginas en verso y prosa de temas andaluces —paisajes, recuerdos, impresiones, tipos, escenas— que presentan imágenes de una Andalucía muy real, vista y sentida por un gran poeta andaluz. Una Andalucía profunda, exquisita y nada pintoresquista. Y hay en todos los libros de poesía, desde los primeros a los últimos, poemas especiales, «raros», *distintos*, que por una razón u otra tienen a veces gran interés y valor: por la novedad del tema, el estilo, por lo que revelan de Juan Ramón o de su mundo; y que con frecuencia quedan excluidos de las antologías, olvidados. Con ellos se podría formar una interesante colección bajo el título de «Poemas varios» o «Inclasificables».